

Huella mnémica con Juan Flores

Francisca Daiber y Mónica Vergara

Los que conocen esta sección de la revista, reconocerán el paso desde una conversación entre dos a una conversación entre tres, ampliando los puntos de vista con los que quisimos acompañar a nuestro invitado.

Juan no vacila en apreciar la virtud de la duda, en preferir el malestar del grupo a la aparente sedosidad del espejo narcisista y a su convicción sobre la potencia que se deriva de renunciar a la ilusión de una verdad final. Armamos entonces el esquema mínimo para un grupo, un triángulo multifocal, para dialogar sobre el lugar resistencial del psicoanálisis en tiempos como los actuales.

M: ¿Cómo llegaste a interesarte en el psicoanálisis?

Es una pregunta con múltiples aristas. Desde el colegio sentí un interés temprano por la psicología. Uno de los primeros factores, podríamos llamarlos "transferenciales", fue un profesor de filosofía que me hacía clases. A través de él conocí a Freud, y eso fue decisivo para que optara por estudiar Psicología.

Más tarde, ya en la Escuela, me encontré con diversas perspectivas teóricas. De hecho, al principio el psicoanálisis no fue lo que más me atrajo. En la Universidad Católica, en los años '70s, existían distintas menciones. Primero seguí la mención laboral, luego pasé a clínica, y dentro de clínica opté por un enfoque denominado "Integral", con Alex Kalawski.

Fue más adelante, al acercarme a los espacios propiamente psicoanalíticos –gracias a algunos compañeros y a mi polola de entonces, Sandra Oksenberg, quien luego fue mi mujer– que distintas experiencias comenzaron a entrelazarse y a darle forma a ese acercamiento.

Diría que el punto esencial de decisión, el que me llevó a optar por una formación, tuvo que ver con rescatar la potencia libertaria, interrogadora y crítica que habita en la mirada psicoanalítica. Esa potencia me resonó profundamente y conectó con inquietudes que, desde otros ámbitos de mi vida, ya venía elaborando desde mis propias rebeldías.

M: ¿Respecto de los contextos, te refieres a los políticos, de los años '70s?

Claro... Yo ingresé a la universidad en 1977, en un contexto político bastante complejo. En 1979, cuando estaba en tercer año y tenía 20 años, se produjo mi entrada al mundo social y político. Ese año, la Escuela decidió desafiar la normativa de la FEUC vigente y organizar elecciones democráticas. Fui elegido ahí como el primer presidente del centro de estudiantes mediante votación directa, a pesar de que el director de la época, Hernán Berwart, advirtió en cada curso que si realizábamos elecciones, cerrarían la Escuela. Me recuerdo, entre otros, de Federico Puga como vicepresidente, Jorge Manzi, secretario y Eduardo Silva, director, hoy sacerdote y Rector de la U.A.H., Mariane Krause, etc.

Desde 1979 en adelante comenzó una dinámica distinta, en la que se iban articulando las urgencias del momento, las respuestas éticas que exigía ese contexto histórico de Chile, y las decisiones personales que se fueron tomando al calor de ese proceso: militar políticamente, actuar, tomar posición.

Con la llegada de la democracia, dejé toda militancia activa. Esa decisión se expresó también en mi ingreso al ICHPA en 1989, año en que integré la primera promoción de formación.

M: ¿Y habías comenzado ya un análisis, o fuiste directo a la formación y ahí comienzas un análisis?

Fue un proceso más bien progresivo. Antes de iniciar la formación, pasé por dos procesos terapéuticos; uno de ellos era lo que en ese entonces se denominaba "psicoterapia psicoanalítica". Más adelante inicié un análisis formal y clásico: un psicoanálisis riguroso, de cuatro sesiones semanales, que se extendió por muchos años. Lo realicé con Ximena Artaza, analista de la APCH, quien falleció hace ya algún tiempo.

M: Durante muchos años has sido uno de los analistas que mantiene viva la escuela kleiniana en ICHPA. ¿Qué llamó tu atención de la comprensión que hace Klein del inconsciente por sobre otros autores?

Lo primero que quisiera mencionar al respecto, es que yo siempre digo algo: no me siento militante de ninguna causa, de ningún "iano", ni freudiano, ni kleiniano ni winnicottiano, ni lacaniano, pero sí me reconozco al interior de una cierta noción que privilegio por sobre otra y que me hace trabajar desde esa óptica particular y en ese ámbito. Así tan ampliamente planteado, me parece que el énfasis, la valía de Klein y la visión de las relaciones objetales, es que ofrecen algo que en la clínica se me ha ido haciendo coherente, en el sentido de una construcción epistémica que se va modulando en la experiencia clínica: uno parte desde una perspectiva teórica, pero va encontrando en el trabajo con los pacientes elementos que la confirman, la transforman y la amplían, permitiendo además el diálogo con otras miradas. Pero en ese ámbito yo diría que lo que me parece interesante es esta comprensión de la vida psíquica fundamentalmente marcada por esta presencia temprana de la agresión, por la ambivalencia afectiva y otros elementos que me parecen tremendamente relevantes desde el punto de vista de cómo pensar el funcionamiento del inconsciente. Yo diría que básicamente las dinámicas que podríamos ubicar en el simbolismo, los fantasmas primitivos y la noción de fantasía inconsciente, me parecen tremendamente relevantes del punto de vista del trabajo clínico. Aborda, a mi juicio, una perspectiva tan firmemente comprensiva de los procesos primitivos que me parece extremadamente rica para el trabajo con los pacientes.

M: Tal vez al hacer la salvedad de que no eres militante de ninguna escuela, a esta pregunta que viene, vas a hacerle también algunas observaciones. Cuando fui estudiante tuya, veía que por un lado eras quien traía a Klein a la palestra formativa, cuyo subrayado de lo intrapsíquico es determinante, lo que contrastaba con tu también fuerte interés en la cultura, llamémosle las influencias de lo extrapsíquico.

Sí, creo que hay varias formas de abordar eso. Una cuestión que siempre he combatido es precisamente esa visión que tú mencionas –y que creo que ha sido bastante general–, según la cual lo kleiniano se reduciría a una lectura rígida del mundo intrapsíquico, escindida de sus condiciones colectivas. En mi opinión, se trata de una lectura mecánica y empobrecedora de la teoría kleiniana.

Esa lectura ha tendido a convertir lo kleiniano en una suerte de ingeniería de la introyección y la proyección, entre lo bueno y lo malo, configurando un sistema de categorías excesivamente disociadas. Esto ha llevado, muchas veces, a una práctica que no piensa, que no incorpora críticamente a los autores y que, en el fondo, opera desde cierta ignorancia conceptual. Pero lo más problemático es que esa postura no solo evade las tensiones que interpelan al pensamiento kleiniano, sino que también pierde la oportunidad de enriquecerlo.

Me refiero, específicamente, a todos los elementos provenientes del campo de la cultura, de la relación entre lo inconsciente y lo social, que no son en absoluto contradictorios con la teoría, sino que pueden ampliarla.

Otro punto que considero importante es la distinción de campos: lo político, lo económico, lo social, tienen lógicas propias que requieren marcos teóricos autónomos. Siempre recuerdo una entrevista a René Kaës, en Argentina, cuando un periodista de Clarín le preguntó qué pensaban los psicoanalistas sobre un conflicto social en curso, la lucha obrera. Y Kaës respondió: “El problema en Argentina es que los psicoanalistas hablan de todo”. Y tenía razón. Hay cosas de las que el psicoanálisis no tiene mucho que decir, porque no le corresponden. El psicoanálisis es una herramienta para comprender ciertos dinamos psíquicos, en un campo muy específico y restringido, que es la situación analítica. Pretender extender su aplicabilidad a todo, a veces incluso con pretensiones totalizantes, es un error frecuente.

Ahora bien, dicho eso, tampoco se puede pensar el inconsciente despojado de sus determinaciones culturales. En ese sentido, cuando realicé mi tesis doctoral en la Universidad de Chile (no en la Católica), me enfoqué precisamente en ese punto: cómo congeniar ambos planos. Estudié la influencia de los factores sociales y culturales en el analista, lo cual, lejos de contradecir la perspectiva clínica, la enriquece. Pensar la agresión, lo primitivo, los fantasmas inconscientes, integrándolos a la noción de cultura, no es una concesión, sino una profundización.

En otras palabras, la privatización extrema del pensamiento kleiniano, que a veces se produce en nuestra práctica, no es una consecuencia inevitable de la teoría, sino más bien una deformación de ella. El pensamiento kleiniano posee una riqueza conceptual que permite un diálogo más amplio y más fértil con otros campos.

F: Juan, siempre has tenido un compromiso con la transmisión del psicoanálisis, que no sólo ha atravesado la clínica sino también lo académico y lo institucional. Tal vez pudieras contarnos un poco acerca de tu relación con lo académico, que por lo que sabemos ha sido permanente.

Sí, efectivamente el ámbito académico ha sido una dimensión importante en mi trayectoria, particularmente en lo que respecta a la posibilidad de pensar la relación entre psicoanálisis y universidad. Sabemos que esa es una relación históricamente tensa, con múltiples puntos de fricción: ¿cómo delimitar los campos?, ¿cómo preservar las especificidades del psicoanálisis sin replegarlo en un saber cerrado?

Diría que, más allá de esas tensiones, lo más relevante ha sido precisamente la posibilidad de extender el psicoanálisis, de generar condiciones que favorezcan su expansión y desarrollo. Mi labor en la academia ha tenido distintos niveles: primero como docente –donde, por cierto, nos conocimos tú y yo, Francisca–, y luego desde espacios más institucionales.

En un comienzo, la universidad fue simplemente un lugar de trabajo, pero con el tiempo se fue transformando en una plataforma para instaurar y sostener un campo psicoanalítico en diálogo con otras disciplinas. Sin embargo, creo que el foco más importante en los últimos años ha sido la formación de analistas, lo que situaría en una esfera distinta de la estrictamente académica.

En ese cruce se inscribe el Magíster en Psicoanálisis, que ha intentado desde la institución abordar el encuentro –siempre tenso, siempre productivo– entre psicoanálisis y academia. Aún así, es necesario tener claro que la formación analítica propiamente tal tiene su lugar propio, su lógica y su temporalidad específicas, que no coinciden con las de la universidad.

Y esa diferencia es estructural. Por eso la formación de los analistas no se realiza dentro de las instituciones académicas, sino en dispositivos que responden a los fundamentos del trabajo psicoanalítico: la transferencia, el tiempo del análisis, la experiencia clínica. La universidad tiene su campo –especialmente en lo investigativo–, pero no sustituye, ni puede sustituir, el núcleo formativo de lo analítico.

M: ¿Por qué crees tú que es tan difícil la enseñanza y, para qué decir, la formación dentro de las universidades?

Porque toda institución –incluyendo la psicoanalítica– tiene como característica inherente la necesidad de perdurar en el tiempo. Para eso desarrolla mecanismos, reglamentos, estructuras... en fin, todo aquello que hace posible asegurar su manutención en el tiempo. Por eso suele decirse, “las personas pasan, pero las instituciones quedan”.

El problema es que esa lógica conlleva un riesgo: que la permanencia institucional dependa de una adhesión pasiva y acrítica de quienes la integran. Y eso entra en tensión directa con algo esencial al psicoanálisis: su vocación interrogadora, su capacidad de desestabilizar, de poner en cuestión, incluso de incomodar.

Ahí está el conflicto. Porque el “habitus” académico también funciona con sus normas, sus lenguajes, sus formas de validación. Y no siempre esos códigos son

compatibles con lo que el psicoanálisis requiere para sostener su potencia como práctica. La permanencia del psicoanálisis en el ámbito universitario no es fácil, justamente por esta tensión entre una lógica que tiende a reproducirse y otra que tiende a interrogar.

Lo sabemos bien: una de las amenazas recurrentes en las instituciones psicoanalíticas es justamente la deriva hacia una lógica de autopreservación institucional, donde lo importante pasa a ser la reproducción del marco, no la vitalidad del pensamiento.

Creo que ahí está el desafío. El psicoanálisis necesita generar sus propios dispositivos institucionales, pero sin perder su espíritu crítico, sin renunciar a la libertad en la interrogación. Y eso no siempre es compatible con la lógica académica, que además está atravesada por múltiples determinaciones sociales, políticas, económicas... y, por supuesto, por relaciones de poder.

F: Ahí hay una paradoja, en cuanto a la relación con las instituciones. Siempre recuerdo esta cita que tú has traído de Volnovich, “no estar en una institución es un error, pero estar es un horror”, y tú has sostenido fervientemente lo primero. Entonces, ¿por qué consideras central el lugar de los psicoanalistas en la institución?

La pregunta que tú haces es por qué un psicoanalista debiera participar de una asociación psicoanalítica, siendo que hay muchos analistas que no forman institución y eso a mi juicio es absolutamente legítimo. Ahora, yo creo que el riesgo de que uno no participe, ni colabore ni esté en un diálogo con otro, es que uno mismo se empiece a considerar “la institución”, y tenemos dentro del campo del psicoanálisis una multiplicidad de personas que piensan que basta su nombre para formar de ahí una especie de séquito de seguidores, versus tratar de ser uno más en la institución y en un ámbito de discusión, vincularse con otros. Porque fundamentalmente el trabajo analítico, todos lo sabemos, aunque sea un trabajo solitario, singular, requiere de un marco de transmisión constante y de validación que excede lo individual. Y creo que la institución ofrece un campo de experiencia clínica, donde esta puede ser puesta en común, discutida, supervisada, dentro de un lenguaje compartido. Creo que eso permite afinar la escucha, genera una ética de trabajo con el inconsciente, que además se vincula a una tradición, en una comunidad de interlocución. Entonces, yo creo que la institución, en ese sentido, no es una formalidad, sino que es una forma de responsabilidad ante una práctica. Creo que participar tiene también una dimensión política, porque en un tiempo como el actual donde el psicoanálisis es atacado, criticado por discursos tecnocráticos, biomédicos, adaptativos, el trabajo colectivo con otros, a mi juicio, puede permitir que el discurso analítico tenga un rol de mayor preponderancia en el espacio público, en lo cultural y en lo profesional, y creo que está al servicio de poder asumir también una posición activa en la transmisión y defensa de la práctica. Pienso, además, que cuando hoy en general –y esto es una situación de época–, la gente pregunta “¿por qué asociarse?”, “¿qué gano?”, uno tendría que decir, “mire, nada, usted más bien va a tener que perder cosas, tiempo, recursos y lo único que puede ganar es simplemente estar en conjunto con otros”. Por ello creo, que en este momento es una especie de acción de resistencia colectiva frente a esta primacía de lo individual y lo privado, es entonces una postura ética y política desarrollar el vínculo con un otro. Porque hoy día no hay nada más amenazado que las instituciones y su carácter colectivo.

F: Bueno, pensando en esto que mencionaste, lo tecnocrático, la inmediatez, las nuevas tecnologías, la inteligencia artificial, se escucha decir que el psicoanálisis es una práctica en extinción. ¿Qué opinas? ¿Sobreviviremos o no los psicoanalistas como “especie”?

A pesar de los avances tecnológicos, de la lógica de la inmediatez y de los discursos adaptativos que prometen soluciones veloces al malestar, el psicoanálisis no está en vías de extinción. Por el contrario, sigue dando respuesta a una dimensión estructural del sufrimiento humano: la conflictividad inconsciente, la ambivalencia del deseo, la persistencia del síntoma como formación de compromiso. Frente a un sujeto dividido, que resiste los diagnósticos funcionales y las etiquetas rápidas, el psicoanálisis mantiene su lugar al escuchar lo que no se dice y dar lugar a lo singular.

Además, el psicoanálisis no es un cuerpo teórico cerrado: ha mostrado una notable capacidad de reinención frente a los cambios históricos y culturales. Hoy no hablamos de “el” psicoanálisis, sino de una multiplicidad de formas que lo habitan, capaces de interrogar los nuevos lazos sociales, a las transformaciones de la sexualidad, del amor y del sufrimiento. Más que extinguirse, el psicoanálisis muta, amplía su territorio, dialoga con los síntomas de época. Pero no lo hace para adaptarse, lo que sería una claudicación, sino para interpretarlos. Ésa, quizás, sea hoy su labor más urgente.

F: ¿Y qué opinas sobre toda la amenaza respecto a la inteligencia artificial y el reemplazo del lugar del analista?

Yo creo que ChatGPT tiene muchas virtudes, cada vez más. Me parece impresionante. Y, por de pronto, ya está presente en esas fantasías terroríficas que el cine siempre muestra respecto al futuro. El cine viene a ser un anticipador de las fantasías futuras; así como fueron en otra época los terrores nucleares o los invasores del espacio. Hoy día, las fantasías tienen que ver justamente con un punto fundamental: si acaso esta inteligencia performativa y autogenerativa logrará autonomizarse e independizarse –entre comillas– de sus creadores, para poder pensar por sí misma.

En esa lógica, por supuesto que ChatGPT puede hacer mucho, e incluso puede cumplir una tarea tremendamente potente desde el punto de vista del counseling, de la sugerencia, de los consejos, porque toma lo que circula en internet. Pero, felizmente, creo que –hasta aquí, por lo menos– parece muy difícil que pudiera acceder a eso que hablábamos al principio: al inconsciente, al deseo, a los aspectos más primitivos, que son la base del conflicto sintomático. Y creo que, hasta ahora, nosotros somos los únicos que podemos decir algo al respecto.

Entonces, en ese ámbito, en ese registro específico, creo que nunca seremos invadidos, y seremos probablemente una de las últimas profesiones en desaparecer. No le tengo temor a ese aspecto. Ahora, lo que sí puede pasar es que quedemos muy arrinconados en una práctica que la gente mire sin interés en interrogarse, y prefiera seguir una lógica de repetición, donde lo que hoy la sociedad nos ofrece son distintas formas adormecedoras del conflicto, como el counseling o la psicología positiva.

F: Claro, he escuchado que chat GPT te dice lo que quieres escuchar.

M: Sí, yo también leí una anécdota de un periodista que reportó desde su experiencia con un chat de psicoterapia con IA, y decía que para él era agradable que este “terapeuta” no lo confrontaba nunca. Pero que en un momento le hizo ruido el acento

y le dijo “¿oye, por qué hablas como argentino?”. Entonces chat GPT le dice, “mira lo que pasa es que toda la información para poder hacer este trabajo es de Argentina y Uruguay. Pero si quieres cambio el acento...”

Claro, en ese sentido Chat GPT es un servidor, y lo hace muy bien, un servidor público.

F: Bueno, retomando, pensábamos justamente desde esta lógica actual, en que los estudios, las formaciones y prácticas se acortan, se virtualizan, ¿habrá algún elemento que sigas pensando que puede ser movilizador para sostener el deseo formarse?

Lo comenté antes: hoy predominan las soluciones rápidas, los discursos de autoayuda, la tecnificación del sufrimiento. Y creo que uno de los elementos más movilizadores para sostener el deseo de formarse como psicoanalista tiene que ver con la posibilidad de resistir a esa lógica de urgencia y estandarización. ¿Por qué? Porque el análisis ofrece una ética distinta: no busca normalizar al sujeto ni eliminar el síntoma, sino escuchar lo singular, dar lugar a la palabra y al deseo inconsciente.

Por tanto, para quienes no se conforman con un modelo de intervención breve ni con el paradigma del bienestar –ese ideal normativo que escuchamos en todas partes–, el análisis aparece como un espacio de profundidad, de interrogación y de compromiso con lo humano en su complejidad. Creo que ese es un elemento fundamental, a mi juicio, como impulsor en ciertas personas respecto de la posibilidad de formarse como psicoanalistas.

Y el otro elemento decisivo, a mi parecer, tiene que ver con el encuentro con el propio análisis: haber atravesado un proceso analítico que los ha tocado, que los ha transformado, que ha permitido abrir una relación distinta con su propia historia, con su sufrimiento, con su deseo. Creo que este atravesamiento subjetivo genera en algunos esa necesidad de sostener ese modo de escucha, de transmitirlo, pero no como una mera técnica, sino como una práctica viva.

Entonces, creo que la función analítica no se reduce al estudio teórico ni solamente a la práctica clínica, sino que incluye –o debiera incluir– una cierta implicación subjetiva profunda, que tiene que ver con el deseo de formarse como analista. Y agregaría también, algo que decía anteriormente: esta dimensión política y cultural que moviliza. Porque formarse hoy día como psicoanalista, creo, es también sostener una posición frente a los discursos dominantes.

Hoy en día es muy subversivo que, ante los discursos que promueven la adaptación, la productividad, la patologización masiva de la infancia –que vemos en todas partes–, el psicoanálisis se presente como una manera de defender, a mi juicio, lo irreductible del sujeto frente a una escucha más normativa. Entonces pienso que, en ese gesto de formarse a contrapelo de todo esto, hay una forma de decir “no”, una militancia ética, digamos. De tal manera que afirmamos, en esa formación, que hay algo que resiste, que el sufrimiento merece ser escuchado y no silenciado. Creo que hay varias lógicas detrás, sostenedoras del deseo de formarse, y por eso creo que es tan relevante.

F: Y tan subversivas... Juan y ya que mencionaste el análisis personal como un elemento central, aprovecho de preguntarte: ¿qué se esperaría, según tu perspectiva, de un sujeto psicoanalizado? ¿Podemos hablar de un “tipo” de sujeto psicoanalizado? ¿O lo que devenga justamente de ese analizando va a depender más bien del analista en particular?

Sí, sí... esto ha sido objeto de una gran discusión. Recordemos que es una discusión que se ha dado históricamente en ICHPA. ¿Una institución necesita crear, por decirlo así, un sujeto propio, con ciertas características? Muchas instituciones han constituido, digamos, esta especie de dibujo de un sujeto deseable para la institución, con el peligro –como decíamos antes– de formar una suerte de reproductor de la institución.

Nosotros definimos hace mucho tiempo –si ustedes recuerdan– que hay que apostar por la confianza en la formación, y que lo único que podemos generar en el modelo de selección sería excluir, por así decirlo, cualquier noción patológica que pudiera ser contradictoria con el ejercicio del analista. Pero de eso no se deduce una definición acabada del sujeto ni una forma predeterminada de lo que tendría que ser un psicoanalista. Para eso está precisamente el espacio de la formación y del análisis.

Entonces, yo creo que, en ese sentido, el análisis personal como tal, como énfasis, es –a mi juicio– una experiencia subjetiva y ética. No podemos hablar de un tipo de sujeto psicoanalizado, como si existiera un modelo acabado o ideal. Justamente por lo que tantas veces hemos dicho: por la singularidad y lo irreducible del sujeto, su modo de habitar el lenguaje, el deseo, el síntoma... No hay una forma de sujeto que se espere como resultado. Más bien, lo que se espera es que el sujeto asuma una posición distinta respecto de sí mismo, de su historia y de aquello que lo determina, digamos.

Ahora bien, esta singularidad que tendría que aparecer –aunque a veces recurramos a frases que se nos repiten, como “hacerse cargo de su propio deseo”, por ejemplo–, no implica que no pensemos en ciertos efectos comunes.

F: Un común denominador...

Claro. Uno podría pensar, en términos muy generales –y nunca de manera total–, que uno esperaría de un sujeto psicoanalizado que pudiera, en algún sentido, sustraerse de cierta repetición mortífera; que asumiera su responsabilidad sobre su deseo; que pudiera soportar la falta sin intentar taponearla compulsivamente; o que lograra ir desarmando alguna identificación alienante; que dejara de buscar en el otro una garantía última. Si lo decimos en términos más conceptuales: que pudiera acceder a un mundo menos gobernado por el fantasma, o por el ideal que actúa como una normativa.

Ahora bien, el problema es que todos estos elementos no son cuantificables, no son estandarizables. Son movimientos internos, a veces discretos, a veces solo susceptibles de ser interpretados, pero que se manifiestan –por supuesto– a través de los síntomas, de la relación con los otros, en fin...

Entonces, yo creo que finalmente será el propio sujeto quien tenga que dar cuenta de eso. Y serán los interrogadores, los evaluadores o quien sea, quienes tendrán que percibir si eso es posible o no. Nos podemos equivocar. Sabemos que hay falsos positivos, en el sentido de que hay personas aceptadas que no debieran haber sido aceptadas, y también falsos negativos: gente que rechazamos y que, en realidad, pudo haber sido injusto.

Pero para ir cerrando con esto, lo que sí tenemos que entender es que el inconsciente no se despliega en abstracto, para ajustarse a un “traje a la medida”, se despliega en transferencia, en relación con otro. Por tanto, creo que es en la relación de análisis don-

de mejor podríamos apreciar eso. Y el ejercicio que nos corresponde, en nuestra labor formativa, es cómo hacer posible que de ese proceso devengan buenos analistas, para que efectivamente el sujeto analizado dé cuenta de todos estos aspectos.

Ahí está nuestra responsabilidad.

M: Me acordé de un texto de Klein, no recuerdo el nombre, en el que ella habla de cómo es un sujeto al final de un análisis, no sé si lo dice así, donde ella va nombrando una serie de características que ha ido observando en sus pacientes. Y una de las que recuerdo más, es cuando ella dice que ese sujeto debería ser alguien capaz de tener convicciones.

F: ¡Sí! Su trabajo Sobre la salud mental.

M: ¡Ah, sí, es ese texto! Y me pregunto, Juan, qué opinas tú entre la diferencia que pudiera haber entre una convicción y una idea militante o tal vez es más fácil pensarlo entre convicción y fanatismo. Pero podría ser interesante mirar estas tres posibilidades digamos; convicción, idea militante y fanatismo...

Es interesante lo que preguntas. La respuesta voy a tratar de resumirla, porque es larga. Pero una de las características del sujeto hablante es que el discurso, el texto –en la medida en que no agota la realidad, sino que intenta dar cuenta de un semblante, de una imagen de la realidad– es siempre interpretable. Nadie puede atribuirse, por tanto, el sentido y el significado de un texto.

La condición fanática o fundamentalista –o como queramos llamarla– olvida esto: funciona desde la noción de certeza absoluta y, por lo tanto, conlleva el borramiento de la interpretación. El psicoanálisis está en las antípodas de esto: funciona con la noción de interpretación y, por tanto, con la idea de que no hay una verdad última, sino que siempre es una verdad por descubrir.

Esta noción –la imposibilidad de acceder a una verdad última– no impide que uno pueda tener convicciones, o incluso una militancia, pero con la única salvedad de que esas convicciones no se transformen en certezas absolutas ni en verdades totales. Porque ahí ya estamos en un escenario psicótico, delirante: como en el psicótico con certezas apodícticas; o bien, creer que, en tanto yo traduzco algo, soy dueño del sentido original de lo que se quiso decir o plantear. Y eso vale tanto para las convicciones religiosas como para las convicciones políticas.

Cuando, en nombre de las convicciones políticas –y lo sabemos trágicamente–, ejemplos como Hitler o Stalin, o en nombre de convicciones religiosas, algunos han creído estar en el lugar de la verdad, han ocurrido los peores crímenes de la humanidad.

Por lo tanto, esa convicción dudosa –pero que no impide el compromiso y el vínculo permanente que podamos tener–, si logramos conservar este registro: discrepar, ocupar espacios distintos, o incluso cambiar sus convicciones en la medida en que –como en el análisis– el descubrimiento vaya mostrando que la verdad en la que creía no era tal, porque apareció un nuevo elemento que me hizo darme cuenta, justamente, de que aquello que pensaba que era... no era, etc.

Por ello es relevante la convivencia con esa cierta claridad, de que no hay un lugar final. Pero sostener eso no es fácil, por eso el registro religioso ofrece otra noción: la idea de

que hay un lugar final, llámese el cielo, el jardín del Edén o el jardín de Alá... pero que hay un lugar total. Pero ese registro ya está en otra esfera: la esfera de lo sagrado. Pero en el ámbito de lo profano que nosotros habitamos, no hay tal lugar. Ese lugar pertenece a otro registro.

Por eso, yo creo que no es contradictorio sostener una convicción y mantenerse en aquello en lo que uno cree hasta que se demuestre lo contrario. Ahora, por supuesto, por eso es tan importante estar con otros, para poder ser interrogado permanentemente.

M: Es decir, ¿una especie de convicción dudosa? Es bonito, trae la idea de permeabilidad F: O una ilusión desilusionada...

También (risas), o esperanza desesperanzada...Puras paradojas ...

F: Puras paradojas justamente... Tal vez cambiando un poco de tema, y queriendo aprovechar este espacio de Huella mnémica y tu recorrido para hacer memoria y poder dejar huella justamente en nuestra institución... quería preguntarte si tal vez pudieras contarnos un poco sobre los primeros años de ICHPA, su fundación... Tenemos entendido, o creemos haber escuchado por ahí...

Es parte de un mito dices tú (risas).

F: ¡Claro, parte de un mito! (Risas) Pero que la casa..., nuestra casa de Holanda, la encontraron junto a Sandra...

La verdad es que el origen fue ese, sí. Ahora, toda la historia institucional –cómo se formó ICHPA, sus inicios, los detalles– está muy bien narrada en la página web, en las cuatro filmaciones que hicimos, y que fue muy bueno haber registrado. Así que me voy a saltar toda esa parte para ir directo a lo que tú preguntas: la anécdota de la casa.

Efectivamente fue así. La familia de Sandra vivía justo al frente de lo que hoy es ICHPA. En ese entonces, era donde ahora está hoy el hotel Novotel. Antes había un edificio de cuatro pisos, Sandra vivía en el segundo. Nosotros pololeábamos, así que un día, saliendo de su casa, vemos que justo al frente había una casa en arriendo.

En ese momento, teníamos que dejar la casa que ocupábamos en Carrera Pinto. ¿Alguna de ustedes conoció esa casa? ¿No? Bueno, había que buscar otra sede y ahí apareció la oportunidad. Fue, como muchas cosas en la historia institucional, una mezcla de azar y decisión.

Ese fue el origen del arriendo de la casa, una simple casualidad, dada por factores de geolocalización, digamos, de las relaciones afectivas de ese momento (risas). Ese fue exactamente el origen de la de la casa.

F: ¿Y eso fue qué año?

No lo recuerdo exactamente, pero debe haber sido el año 2000, por ahí. Habría que revisar los primeros recibos del arriendo (risas). Pero claro, quizás los únicos que estamos hoy y seguimos de esa primera promoción de ICHPA somos Sandra, Gonzalo López, Eduardo Jaar y yo, creo. Fuimos de la primera promoción y éramos cerca de 25 alumnos aproximadamente.

F: ¿Pero una promoción de 25 que llegaron a término?

La gran mayoría, pero que tomaron caminos muy diversos, muy distintos...

M: Porque es una cifra difícil de tener hoy...

Pero es que es el clásico problemas de mercado, porque en ese momento eran pocas las universidades o instituciones que formaran por otras vías. Y claro, como todos los productos, cumplen su ciclo.

F: No había mucha competencia...

Claro, claro...

M: Hay una última pregunta que también hemos hecho en otras entrevistas, que tiene que ver con qué otras experiencias crees tú que pueden favorecer la formación de los futuros analistas, fuera del trío clásico de los ejes de la formación. ¿Con qué interactúa la formación analítica, que no sea sólo el psicoanálisis, y que pueda ser enriquecedor?

Pensar en recomendaciones o sugerencias es sumamente complejo, porque tiene que ver con experiencias y convicciones muy particulares. Pero sí creo que hay una recomendación, por decirlo de alguna manera, en un tono más ético que técnico u operativo: no apresurarse. La función analítica no es una carrera, ni sólo un saber, es más bien un trayecto que implica una transformación subjetiva profunda y que no puede reducirse, como a veces puede plantearse, a la acumulación de conocimiento más o menos exitoso. Por eso mismo, el psicoanálisis personal es por lo que más habría que luchar. Y habría que incluso luchar dentro de la institución para que esto no se convierta sólo en una especie de requisito técnico, entre comillas, que no sea sólo una formalidad, porque el análisis es el corazón mismo de la formación, es el centro nodal. Ahí, en ese propio análisis, se juega lo más central del analista, la relación con su deseo, con el síntoma, etc. Lo otro que yo diría es ejercitar, a como dé lugar, la lectura, es decir, leer con rigor. Pero sin fetichizar la teoría, sin tratar de ser, como uno a veces observa, quién es el que mejor ha leído a Freud, quien quiere explicar qué es lo que dijo Freud.

Ya anteriormente hablábamos que cualquiera que se ponga en ese lugar se pone en el lugar de una certeza que no le corresponde. Ahí nadie puede ser el único interpretador de la verdad de otro. Ese punto es esencial, porque nadie accede a eso. Por tanto, no se trata de memorizar autores ni repetir fórmulas, sino que más bien, de articular en lo posible teoría y experiencia, no buscar una receta, sino que como lo hemos hablado tantas veces, más bien dialogar con un pensamiento vivo. Por lo tanto, el ejercicio de lectura crítica, por decirlo así, sería otro elemento que considerar como algo fundamental. Y quizás algo más que recomendaría, es cómo ayudar a sostener espacios institucionales vivos y exigentes, o supervisiones que interpelen. Aquí tenemos otro problema y esto está estudiado, más allá de Chile. Que los supervisados tienden a decir y a plantear los casos que suponen que consciente o inconscientemente espera el supervisor y tenemos ahí entonces una reproducción. De repente hay supervisados que se arriesgan a una diferencia, pero tienen el castigo de la evaluación o se ofenden los supervisores cuando alguien discrepa de lo que él supervisa. Aquí tenemos un problema complejo en esto. O seminarios que no se limiten a repetir lo sabido, en fin... La duda tendría que instalarse como mecanismo constante y permanente. Y yo creo que ahí la pregunta fundamental, que uno tendría que esperar que nunca se diluya,

es por qué quiero ser analista, o si quiero serlo realmente. Sostener esta pregunta abierta es fundamental. Por eso que es tan esencial no responderla prematuramente. Y a veces uno observa que hay un apuro, como si fuera una carrera por etapas. Y más bien se trata de una cosa que está ahí en permanente proceso y cuestionamiento de todos nosotros.

M: O sea, recomiendas en ese sentido una actitud, una actitud formativa

Exactamente... lo que también habría que pensar, Mónica, es que eso tendría que ser el resultado del análisis. Porque uno de los resultados del análisis tiene que ser, en términos muy gruesos, la aceptación de la finitud –es decir, de la muerte– y, por lo tanto, de la imposibilidad de un lugar total, ¿no es cierto? Es un proceso de duelo, y ese proceso de duelo también hay que incorporarlo en relación con el hecho de que no hay lugar para una verdad absoluta, ni última, y que no hay nadie que la ejerza. Y eso es un cambio en el mundo interno que tendría que lograrse en el ejercicio del trabajo terapéutico. Y es lo que uno intenta, dentro de lo posible, que los pacientes lleguen a establecer. Es decir, encontrarse con ese dolor que también constituye la experiencia analítica: asumir el duelo como una experiencia relevante de transformación subjetiva.

M: Qué difícil esto... esto en particular. Me parece que es una de las cosas contraculturales que intentamos todavía hacer, es decir, sostener la noción de que no lo puedo todo, y menos aún, todo al mismo tiempo. Me hace recordar esta película que ganó el Óscar hace como uno o dos años, Todo en todas partes, y al mismo tiempo; a mí me ha pasado que lo traen los pacientes, en el sentido que parece muy atractiva la idea de que se pudieran vivir muchas vidas, otras vidas en simultáneo. O sea, puedo ser hombre, mujer, viejo, joven, niño, en fin, en otras vidas... La ilusión que entrega la cultura de alguna manera, que podría no haber límites, que nadie te diga que no puedes hacer algo, que nadie te diga que hay techo. De hecho, mis hijas veían canales de televisión donde el lema era, Sé todo lo que quieras ser, como si fuera un problema de mera voluntad.

Justamente, hoy en día estamos inmersos en una nueva exigencia superyóica, que se expresa en la demanda de triunfar, en la ilusión de que todo es posible si se desea con suficiente intensidad, y en la imposición de una sexualidad vivida de manera plena, sin reservas, total y absolutamente satisfactoria, como si se tratara de deberes ineludibles. Se trata de imperativos contemporáneos que, bajo la apariencia de libertad, reproducen formas sofisticadas de sometimiento subjetivo.

Ahora bien –y tal vez en eso resida una de las dimensiones más complejas del trabajo analítico–, se trata de poder asumir la condición de exiliado. Es decir, reconocer que la subjetividad se constituye sobre una pérdida originaria, sobre una falta estructural que nos sitúa, de manera irremediable, en un desplazamiento constante. No hay tierra prometida al final del recorrido. Nuestro tránsito en el desierto, a diferencia del de Moisés, no llegará nunca a destino, porque el destino mismo ha sido desmentido como promesa. Estamos exiliados de un lugar que no existe más que como construcción fantasmática, y eso conlleva aceptar una lógica del duelo permanente, del no cierre, del inacabamiento.

Asumir esta condición no sólo implica una operación subjetiva ardua, sino que nos coloca, necesariamente, en tensión con el discurso dominante de la cultura. Porque mientras esta última insiste en la existencia de un lugar posible de completud –el éxi-

to, la realización plena, la identidad total–, el análisis propone un camino inverso: el de un sujeto que no se define por llegar, sino por saber habitar el trayecto sin garantías. En ese sentido, el psicoanálisis no solo trabaja con el sufrimiento, sino que también reintroduce una ética del límite, que hoy parece más necesaria que nunca.

M: Ahora se agrega un fantasma paradójico a eso, ya que al mismo tiempo que se nos dice que podemos lograrlo todo, también estamos bajo la amenaza de que podría acabarse el mundo, que es el fin total, el fin de la especie, cosa que de alguna manera también apura el presente, o empuja a que haya un deseo de abreviar cosas o tratar de vivirlas lo antes posible. Hay un deseo de economizar, porque puede quedar poco tiempo y entonces colisionan estos dos mensajes, lo podemos todo y al mismo tiempo podría acabarse todo...que es exactamente no haber logrado nada.

Sí, absolutamente. Esa paradoja que nombras está muy presente hoy: por un lado, esta idea omnipotente de que todo es posible, que uno puede llegar a ser lo que quiera –el discurso del “tú puedes”–, y, por otro, la amenaza de una catástrofe total, ya no sólo personal sino global, el fin del mundo o de la especie. Y en ese cruce, efectivamente, se genera una urgencia que tiende a precipitar los tiempos, a vivirlo todo ahora, a no demorarse en nada.

Eso también impacta en la formación analítica, porque se instala la idea de que no hay tiempo para el proceso, que hay que resolver rápido, titularse, comenzar a ejercer. Y el problema es que esa lógica es justamente la inversa a la que requiere la función analítica, que necesita tiempo, elaboración y una cierta aceptación del límite.

Entonces, claro, colisionan esas dos posiciones: la omnipotencia de lo posible y el vacío del colapso. Y lo paradójico es que ambas terminan produciendo una aceleración subjetiva que impide la experiencia. Lo que queda es, muchas veces, una especie de consumo ansioso del presente, sin tiempo para tramitar, para elaborar, para habitar verdaderamente el deseo.

Tal vez lo más subversivo hoy sea justamente eso: no apurarse, resistir a esa lógica del “todo ahora”, sostener un tiempo propio, que no es el del mercado ni el del pánico, sino el del trabajo con uno mismo, con los otros, y con lo que no se resuelve de inmediato...

M y F: Muchísimas gracias, Juan, por darnos este espacio

Muchas gracias a ustedes por este tiempo, sin apuro y con la posibilidad de dialogar...